

Miguel A. Soto Class

Director Ejecutivo del Centro
para la Nueva Economía



Galletas

Nunca me ha dejado de asombrar e indignar ver en la televisión local de Puerto Rico, mayormente en telenovelas y anuncios de telenovelas, escenas de un hombre propinándole una bestial bofetada a una mujer. En otras ocasiones la caricia preferida es la estrangulación, a veces son jamaqueos violentos y casi siempre son acompañados con una amenaza de muerte.

Me asombra sobremanera que esto no sea causa de indignación popular o siquiera de discusión pública. Van y vienen las semanas de la mujer, suben y bajan de posiciones de autoridad mujeres ejemplares, ponen y quitan cruces y lazos en lomas y avenidas, y, sin embargo, las galletas mantienen su pasarela permanente.

En Puerto Rico impera un grave problema de violencia doméstica. Una condición problemática se torna peor cuando se glorifica, a través de los galanes del momento, lo común, aceptable y hasta necesario que es ultrajar la dignidad de la mujer. El mensaje es claro, todo buen macho tiene que controlar a su mujer y a veces es necesaria una buena bofetada para cumplir con este objetivo.

Les adelanto, porque ya me las imagino, dos respuestas

simplistas y falsas con las que siempre contestan algunos de los conspiradores de estos asaltos. Primero, que no permitir esas escenas implica promover la censura y segundo, que en todo caso, estos programas son simplemente reflejos de nuestra sociedad.

Seguramente los grandes artistas y periodistas se indignarían al oír el argumento de la censura. Un concepto que cumple su más alta encomienda preservando el derecho del pueblo a saber o el derecho de un artista a expresar los más altos valores de una sociedad no debe ser invocado para justificar el ultraje de todo un género. Irónicamente, los estados financieros de las corporaciones públicas de Puerto Rico no se pueden publicar pero no hay ningún problema televisando, como entretenimiento familiar a las tres de la tarde, una violenta golpiza a una mujer.

Parte de esta cultura de violencia hacia la mujer se debe a la falta de seguridad económica que sufren muchas familias. Estudios que se han llevado a cabo en los últimos años demuestran que, si bien es cierto que esto no es un asunto de clases sociales, la realidad es que las mujeres pobres aparecen más comúnmente entre las estadísticas de víctimas.

Entre los más interesantes están las investigaciones que revelan una conexión directa entre la tenencia de un hogar propio y la violencia doméstica. Un reciente estudio del Centro de Desarrollo Social de la Universidad de Washington en St. Louis demuestra que la incidencia de abuso hacia mujeres que viven en casas alquiladas es nueve veces más alta que en aquellos hogares donde son dueñas.

Más aún, la violencia doméstica consume el tiempo y la energía de una mujer, y lesiona su confianza y habilidad para enfocarse en metas a corto y largo plazo, todas las cuales son esenciales para una transición exitosa de la dependencia a lograr desarrollar recursos económicos propios. Por lo tanto, el desarrollo de estrategias para mejorar la situación económica de las mujeres es una pieza clave y fundamental en cualquier esfuerzo por reducir la violencia.

Hace poco un noticiero presentó una entrevista a la madre de una jovencita que había sido asesinada por su novio. Con ojos llorosos pero resignados le dijo a la reportera que el muchacho la había matado "porque la quería demasiado".

¿Qué más queda por decir?